

tores cristianos hablan de la libertad civil, que tan querida nos es, en términos despreciativos; la llaman una libertad *carnal*, y sabido es que desden profesan hacia la carne los verdaderos discípulos de Cristo. Decir que la libertad es carnal, es condenarla como una de esas necesidades, uno de esos instintos de una naturaleza corrompida, que es preciso combatir hasta que se los haya extirpado de raíz. Tal es el respeto que los cristianos profesan hacia los derechos del hombre. ¿Se dirá todavía que el Evangelio ha inaugurado la era de la libertad? Responderemos con Rousseau, que si el mundo fuese realmente cristiano, no quedaria ni sombra de libertad sobre la tierra. Es verdad que tendríamos, para indemnizarnos de nuestra servidumbre en esta vida, la esperanza de gozar de una libertad imaginaria en un cielo tambien imaginario.

§ II. -- La igualdad.

I.

Si el principio de la libertad no puede ser considerado como un beneficio del cristianismo, ¿no debemos al menos atribuirle el dogma de la igualdad? Se ha disertado hasta dejarlo de sobra acerca de la igualdad evangélica. Entendámonos, ante todo, acerca de lo que es la igualdad. La verdadera igualdad es la del derecho de todos los hombres al desenvolvimiento de las facultades de que Dios los ha dotado. Hay tambien una falsa igualdad, la que tiende á anular la individualidad humana, exaltando la comunidad ó el socialismo como un ideal. Esta falsa igualdad, lejos de ser un bien, lejos de conciliarse con la libertad, es un mal, porque, destruyendo las fuerzas individuales, nos impide llenar nuestro destino. Desconfiemos, pues, de las palabras, y veamos cuál es la igualdad que se celebra bajo el nombre de igualdad evangélica.

En cuanto la igualdad es un derecho, es difícil de comprender que haya sido predicada por Cristo. Es tambien una de esas hipótesis completamente gratuitas que se han imaginado, sea para glorificar el cristianismo, sea para dar á los derechos del hombre el

apoyo de una autoridad reputada como divina. En realidad, no hay ni vestigio en las Escrituras de lo que llamamos hoy igualdad. Jesucristo llama hacia sí lo mismo á los gentiles que á los judíos, lo mismo á los esclavos que á los hombres libres; esto es lo que hace decir á San Pablo que ya no hay ni griegos ni bárbaros. Tal es la única igualdad que el cristianismo primitivo conoce; la única que practica es la igualdad religiosa. Apenas puede decirse que sea un progreso sobre el gentilismo, porque tambien en el seno del gentilismo se ha encontrado un revelador que predicó la buena ley á los impuros y á las castas inferiores. Todo lo que se puede afirmar es que la igualdad del Evangelio era un progreso sobre el espíritu estrecho de la nacionalidad judaica. Hemos dicho en otra parte que costó mucho trabajo el realizar el progreso; lo debemos á San Pablo, el segundo fundador del cristianismo, más bien que á Jesucristo, porque el maestro siguió siendo judío lo mismo que sus Apóstoles (1). ¿Qué es lo que el orgullo de los judíos, qué es lo que el cosmopolitismo religioso de San Pablo tienen de comun con la igualdad de los derechos de que deben gozar todos los ciudadanos?

No hay diferencia, no hay desigualdad entre los hombres, por razon de su raza ni de su condicion social; hé aquí la igualdad del Evangelio. Téngase en cuenta que no se trata de las relaciones civiles y políticas. Donde reina la igualdad es en el reino de Dios, y ya sabemos que el reino anunciado por Cristo no es de este mundo. Esto basta para desechar toda comparacion entre el dogma cristiano y el dogma del 89. Pudiera creerse que la igualdad civil y política procede de la igualdad religiosa, como la encina está encerrada en la bellota. Es menester, pues, examinar más de cerca la igualdad evangélica. Acabamos de decir que Jesucristo no fué el primero en enseñar la igualdad religiosa. Buddha la predicó seis siglos ántes que él en la India, con un celo, con un espíritu de caridad dignos de ser comparados á los sentimientos de Cristo. ¿Cuál fué el fruto de aquella predicacion? Las relaciones civiles y políticas siguieron siendo las mismas. Prueba de que la igualdad religiosa no basta para dar á los hombres la igualdad

(1) Véase mi *Estudio sobre el cristianismo*.

de derechos. Es menester, ante todo, que tengan derechos. Donde no los tienen se dirá en vano que los hombres son iguales ante Dios, esto no les impedirá el ser esclavos y permanecer encorvados bajo el despotismo. Tenemos un testimonio vivo en las sociedades mahometanas. El Coran profesa también la igualdad, y aún va más lejos que el Evangelio: quiere la igualdad civil entre los creyentes, en cuanto puede existir en los países en que reina la esclavitud. Hasta hay una cierta igualdad política en los Estados regidos por el Coran; nada de nobleza ni de clases privilegiadas; el que hoy es esclavo puede ser mañana pachá ó visir. Hé aquí la igualdad en las condiciones sociales. ¿Es esta la igualdad tal cual la deseamos, tal cual fué inscrita en la declaración del 89? No, porque si el esclavo puede ser pachá ó visir, el visir y el pachá no dejan de ser esclavos. Es la igualdad bajo el despotismo.

¿No sucederá esto mismo con la igualdad cristiana? Es aún menor que la igualdad musulmana. Es verdad que el cristianismo no hace gran caso de la nobleza; es verdad que en el seno de la Iglesia no se considera el nacimiento como una causa de preferencia para las funciones eclesiásticas; es verdad también que los jefes de la cristiandad se intitulan siervos de los siervos de Dios. Pero esto no impide que la Iglesia se haya avenido muy bien con la aristocracia; esto no impide que el espíritu aristocrático haya penetrado en su seno: testigos los sesenta y cuatro cuarteles de nobleza que se exigían en Alemania para ser admitidos en ciertos capítulos; testigo Bossuet, que no pareció de bastante buena casa para ser nombrado arzobispo de París. La igualdad cristiana se concilia perfectamente con la esclavitud, con la servidumbre; es, pues, compatible con la peor de las tiranías: los siervos tenían que consolarse pensando que algún día serían los iguales de los barones en la celeste Jerusalén. Lo preguntamos de nuevo: ¿nos basta esta igualdad? Los hombres del 89 ¿han tomado la Bastilla para alcanzar un asiento en el paraíso?

El cristianismo carece tan por completo del sentimiento de la verdadera igualdad, que hasta la igualdad religiosa fué profundamente viciada. «No hay ya ni griegos ni bárbaros, dice San Pablo.» No; pero hay infieles y herejes. ¿Qué hace la Iglesia con esta especie nueva de bárbaros? Los envía al cadalso en este

mundo, y los arroja en el otro al fuego del infierno. La igualdad no tiene valor más que cuando se funda en la naturaleza del hombre. En el cristianismo el principio de la igualdad es la fe; pero este principio implica también una desigualdad la más radical, la más funesta de todas, puesto que se perpetúa hasta el fin de los siglos. ¿Y al menos los fieles, los creyentes, son iguales? Hay clérigos y laicos. Es casi la reproducción de las castas. El clérigo domina sobre el laico, y para conservar su dominación, lo mantiene en la peor de las servidumbres, la de la ignorancia y la superstición. Hé aquí á dónde conduce, en realidad, la igualdad tan decantada del cristianismo tradicional.

II.

Hay otra igualdad que ha conducido al socialismo de 1848. Los comunistas se llaman los discípulos del carpintero, ó como se decía en 1793, del descamisado Jesucristo. Los cristianos han dicho que esto era un sacrilegio. Si se consideran los sentimientos que animan á los socialistas y los que brillan á cada página del Evangelio, hay sacrilegio: por una parte, la sed de goces materiales que se irrita á la vista de la riqueza privilegiada del pequeño número: por otra, el desprecio de la riqueza y la reprobación de aquellos que se entregan á los goces que proporciona. Pero si la inspiración difiere, es cierto que hay analogía, más que analogía, filiación en las doctrinas. Recordemos aquellas célebres palabras de Jesucristo: *En verdad os digo que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos. Es más fácil que pase una maroma por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el reino de los cielos.* Jesús insiste sin cesar sobre el mismo pensamiento; maldice á los ricos, bendice á los pobres: *¡Desgraciados de vosotros, ricos, que teneis vuestro consuelo! ¡Desgraciados de vosotros, ricos, que estais hartos, porque vosotros padeceréis hambre! ¡Desgraciados de vosotros, que os reis ahora, porque vosotros lloraréis y suspiraréis! ¿Qué es preciso hacer, pues, para entrar en el reino de los cielos? Jesucristo responde: Si quereis ser perfectos, vended todo cuanto teneis, y dádselo á los pobres (1).*

(1) SAN MATEO, XIX, 16-21.—SAN LÚCAS, XVIII, 13-25.

Los discípulos de Cristo tomaron las palabras de su maestro al pie de la letra. De aquí lo que se llama la comunión de los cristianos de Jerusalén. Se lee en las *Actas de los Apóstoles*: «*Todos los que creían estaban reunidos en un mismo lugar, y tenían todas las cosas comunes*» (1). ¿Qué era de la propiedad en este orden de ideas? Quedaba abolida de hecho. Así es como los Padres de la Iglesia entendían la fraternidad de los primeros cristianos: «*Lo tuyo y lo mío*, dice San Crisóstomo, esa fría palabra, origen de innumerables guerras, no existía en la Iglesia de Jerusalén. Los fieles vivían sobre la tierra lo mismo que los ángeles en el cielo. Los pobres no envidiaban a los ricos, porque no había ricos; los ricos no despreciaban a los pobres, porque no había pobres. TODO ERA COMUN. Las cosas no sucedían entonces como suceden hoy. Hoy, el que posee bienes, da a los pobres; entonces todos los fieles renunciaban a sus posesiones, y las ponían en común, hasta tal punto que era imposible reconocer quiénes habían sido ricos.» San Crisóstomo añade que a esta comunidad se deben atribuir las virtudes que distinguían a los cristianos primitivos: «*Abdicando la propiedad, habían destruido la raíz de todos los males*» (2).

¿Qué puede decirse de más fuerza para censurar la propiedad y para exaltar el comunismo? Hemos señalado en la doctrina de los hombres del 89 el falso principio de que la sociedad ha sido creada por el legislador, mientras que, según el derecho natural, todos los bienes son comunes. Los Padres de la Iglesia iban más lejos. Reprobaban la propiedad; hubieran querido restablecer el comunismo primitivo por las vías de la caridad. Compárese la noción de la propiedad, tal como la define nuestro código, con las ideas de los Santos Padres, y se verá que la doctrina cristiana es la negación de nuestro derecho; más aún, es su condenación. Para nosotros la propiedad es el derecho más absoluto: da el poder de usar y de abusar. ¿Es ésta la opinión de los Padres de la Iglesia? *Lo mío y lo tuyo son vanas palabras. Todo cuanto Dios ha creado es común. No somos propietarios más que en la aparien-*

(1) *Actas de los apóstoles*, II, 41.

(2) CHRYSOSTOMUS, *Homilia in dictum Pauli; Oportet hæreses esse*. (Op., t. III, p. 243.)

cia; en realidad, lo que pertenece a uno pertenece a todos. Lo que nosotros llamamos *propiedad* no es más que la *ocupación exclusiva de un dominio que el Creador ha destinado a todos* (1). Si Dios ha querido que todo sea común, no debemos decir que la propiedad es una *ocupación exclusiva*; hay que decir que es una *usurpación*. En efecto, a esta consecuencia llegan los Padres latinos.

Ninguna raza ha sido más amiga de la propiedad que la raza romana. Los jurisconsultos romanos son los que han hecho de la propiedad un derecho absoluto, ilimitado, tal cual existe en nuestras leyes. Pues bien, la doctrina de los Padres latinos es completamente lo contrario del Código civil. «¿Cuál es el *orden natural*, exclama San Ambrosio, *el orden establecido por Dios? Que la tierra sea la posesión común de todos. La naturaleza ha querido el comunismo; la usurpación del hombre ha creado la propiedad individual*» (2). Ya se lanzó la palabra fatal. Si los propietarios son usurpadores, dicen los socialistas, el legislador debe y puede poner fin a su *usurpación*, restableciendo el comunismo que el mismo Dios ha creado. Los Padres no se dirigieron al legislador civil: sabían que los Césares y los legistas no los hubieran acogido bien; pero en el fondo tendían al mismo fin que los comunistas. Apelan a la conciencia. Puesto que la propiedad es una *usurpación*, es menester que los propietarios restituyan lo que han usurpado a aquellos que son sus legítimos dueños. Es decir, que la propiedad, lejos de ser un derecho, no es más que un deber. Bajo el punto de vista de la Providencia, los propietarios son *detentadores* de los bienes de todos, con la misión de restablecer la igualdad entre los hombres por medio de una inteligente repartición de las riquezas que tenían en depósito. Al decir que los ricos son solamente depositarios y dispensadores de su fortuna, los Padres de la Iglesia hablan formalmente. ¡No dan simples consejos, sino órdenes, y desgraciados los que las desobedecen! La sanción más terrible va unida a las órdenes que la Iglesia dirige a los ricos por el órgano de sus Padres: ¡la condenación eterna! En efecto, aquellos a

(1) Véanse las pruebas en el tomo IV de mis *Estudios sobre la historia de la Humanidad*, p. 134 de esta edición castellana.

(2) AMBROSII, *de Officiis*, I, 32, núm. 132.

quienes, estando encargados de distribuir los bienes cuyo reparto les ha confiado Dios, se les ocurriera usar de los derechos que nuestras leyes les reconocen, son culpables del mayor de los crímenes: son *tiranos crueles*, dice San Gregorio de Niza, son *fieras insaciables de rapiña*: son LADRONES, dicen San Basilio y San Crisóstomo (1).

Hé aquí literalmente la célebre frase de Proudhon: «la propiedad es el robo.» Confesemos que los socialistas son bastante más lógicos que los Padres de la Iglesia. Decir que los ricos son *usurpadores* y encargar á esos grandes culpables que se despojen á sí mismos de lo que han usurpado! En verdad, ¡Dios había escogido singulares administradores! Si los propietarios son ladrones, ¿no es deber del legislador reprimir su bandolerismo? Una buena ley que declare todos los bienes propiedad del Estado será más eficaz que los más elocuentes llamamientos hechos á la conciencia de gentes que no creerán ser tan culpables como pretenden los Padres de la Iglesia, mientras las leyes mantengan su derecho. Al legislador toca, pues, intervenir, y jamás habrá sido más legítima su intervención, puesto que no hará más que restablecer el orden instituido por Dios y perturbado por las malas pasiones de los hombres.

Los apologistas del cristianismo dirán que alteramos el pensamiento de los Padres de la Iglesia; que jamás han pensado en hacer del comunismo una ley; que se han dirigido siempre á la caridad. Si alguno interpreta mal el pensamiento de los Padres, no somos nosotros. Los escritores católicos se ven en un apuro con la herencia que les han dejado los fundadores del cristianismo. Y no les falta motivo. Cuando se comparan los sentimientos de abnegación, de desinterés, mejor dicho, el desprecio que los primeros fieles muestran por las riquezas, con la ávida codicia de los ortodoxos modernos, las palabras de los Ambrosios, de los Gregorios, de los Crisóstomos, parecen una amarga sátira de nuestros celosos, cuyo celo consiste en poseer el mayor número posible de acciones en las compañías de comercio y de industria. Bien pronto, en lugar de predicar el Evangelio de la pobreza, se pre-

(1) Véase mi *Estudio sobre el cristianismo*.

dicará el Evangelio de la riqueza. ¡Si se pudiesen suprimir las invectivas de Cristo contra los ricos! ¡Si pudiera borrarse la censura que los Padres dirigen á la propiedad! No pudiendo hacerlo, se arguye, se distingue, se sutaliza tanto que las ardientes exhortaciones que tendían á restablecer el comunismo llegan á ser una justificación de la propiedad individual. Todo se reduce á una obra de caridad. No, los Santos Padres no llaman *caridad* la distribución que los ricos hacen de sus bienes á los pobres; dicen que es una *restitución*; dicen que los pobres reciben lo que se les da, no á título de *limosna*, sino á título de *derecho* (1). La apología se vuelve contra los apologistas y contra la doctrina que quieren defender.

Todas las argucias católicas no borrarán las palabras de los Santos Padres. El comunismo es de derecho divino; luego la propiedad individual es una violación del derecho divino. ¿Cuál es el orden? ¿es la voluntad de Dios? ¿ó es la voluntad perversa del hombre? Si la propiedad, tal como nuestras leyes la consagran, es una usurpación, un robo; si á pesar de las apremiantes exhortaciones de los Padres de la Iglesia, los ricos se obstinan en guardar para sí los bienes de que no tienen más que la distribución, ¿debe durar siempre este desorden? Hé aquí lo que los comunistas decían ya durante la Revolución; hé aquí lo que repitieron en todos los tonos después del 48. Tienen á su favor, no solamente la doctrina de aquellos á quienes la Iglesia reconocida honra como á sus Padres, sino que pueden también invocar la tradición, que en el catolicismo desempeña un papel tan importante. Es verdad que la Iglesia no trató jamás de realizar el comunismo en el seno de la sociedad civil; pero lo realizó en el seno de sociedades de hombres que tienen por misión practicar la perfección evangélica. Nadie se atreverá á negar que el monaquismo sea el ideal de la perfección, tal cual Jesucristo mismo la enseña en sus célebres consejos; porque los escritores católicos están unánimes en proclamarlo. Es menester detenernos un instante en la vida monástica, porque nos parece que no hay más que un

(1) Véase el tomo VII de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, en donde he reunido las pruebas de los Padres de la Iglesia.

ideal, como no hay más que una verdad. Si el comunismo es el ideal para los monjes, debe ser también el ideal para la sociedad laica. Ahora bien, sobre este punto no puede haber duda alguna. Los fundadores del monaquismo se han expresado con una precisión terrible para los defensores de la propiedad individual.

San Benito censura la *propiedad* como el más detestable de los vicios (1). Nosotros preguntaremos á nuestros obispos, á nuestros sacerdotes, si creen todavía que la *propiedad* es un vicio, el más detestable de todos. La pregunta parece una sangrienta ironía. Pero ¿quién nos obliga á hacerla? ¿No son los imprudentes apologistas de la doctrina cristiana? No, ciertamente; los católicos que dirigen compañías comerciales, no pueden censurar la propiedad como un vicio. Por lo tanto su ideal de perfección no es el del monaquismo, y por tanto no es el del Evangelio. En definitiva, los que tratan de conciliar la propiedad con la predicación evangélica no comprenden ni aún la religión que quisieran defender. Recordémosles, puesto que las ignoran, las leyes de la perfección cristiana: «El monje no debe tener nada propio, ni aún el hábito que viste; los términos de *tuyo* y *mío* en sus labios son un crimen; no se atreve á decir: *mi pluma, mi libro, mi túnica*; si estas palabras funestas se le escapan por inadvertencia, queda sometido á una penitencia.» Los monjes que morían poseyendo algo en propiedad quedaban excomulgados, es decir, que la Iglesia los entregaba á los fuegos eternos del infierno (2). ¿Entiende hoy todavía la Iglesia de este modo la perfección evangélica? En ese caso se pone en abierta contradicción con la sociedad civil; se pone en contradicción con los actos de sus ministros, desde el Papa hasta el último sacristán. Y, sin embargo, es imposible que la Iglesia reniegue de sus santos, es imposible que rechace la perfección monástica, puesto que esta perfección no es más que la práctica del Evangelio.

¿Se dirá que la Iglesia misma ha reconocido la imposibilidad de realizar el comunismo en la sociedad civil, puesto que no lo ha

(1) Regla de San Benito, cap. XXXIII.

(2) Véase mi *Estudio sobre el Feudalismo y la Iglesia*, p. 87 de esta edición castellana.

establecido más que para los hombres que abandonan el mundo? Nosotros preguntaremos á estos defensores poco hábiles, si los consejos de Jesucristo no se dirigían más que á los monjes. Todavía no había monjes cuando Cristo predicaba. Luego aconseja á todos sus discípulos que desprecien las riquezas, que abduquen la propiedad. Esto era una verdad trivial en los tiempos en que aún había verdaderos cristianos. No es verdad que el comunismo, lo mismo que las demás leyes de la perfección cristiana, estuviesen limitados á los monjes. Oigamos á San Jerónimo: «Los clérigos no deben tener nada suyo más que Dios. No hay término medio: es menester renunciar á la herencia del siglo ó á la herencia de Dios. El que entra en el clero hace profesión de la perfección cristiana; y ¿cuál es la primera condición de esta perfección? Jesucristo nos lo dice: Venderlo todo y dárselo á los pobres... Permitir al clero poseer alguna cosa en propiedad, es darle todas las pasiones del mundo; ¿cómo habían de existir la unidad y la caridad donde reinase el interés personal? Las primeras comunidades cristianas rechazaban toda propiedad individual; he aquí por qué todos los creyentes no formaban más que una alma. Si los clérigos quieren seguir las huellas de los primeros fieles, apresúrense á renunciar al VICIO ABOMINABLE DE LA PROPIEDAD!» (1).

Estas palabras de San Jerónimo son notables. La *propiedad* es, pues, un vicio, y un vicio abominable. El primer deber del que aspira á la perfección cristiana es renunciar á la propiedad. No lo dice San Benito, lo dice Jesucristo, el Hijo de Dios. Pero Cristo ¿se dirige á los clérigos, cuando dice que el que quiera ser perfecto debe venderlo todo para dárselo á los pobres? No había clérigos entonces, como no había monjes. Jesucristo y sus apóstoles no se habían separado del Templo, no formaban Iglesia aparte; no había más sacerdotes que los del judaísmo; á menos, pues, que se diga que las palabras de Cristo se refieren á los rabinos, preciso es confesar que son generales, que se aplican á todos los fieles. Si Jerónimo no habla más que de los clérigos, es porque en su tiempo ya se había introducido la distinción entre laicos y clérigos, tan contraria al espíritu de la nueva ley. ¿Hay acaso dos perfec-

(1) Véase el tomo VII de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.

ciones, dos verdades, una para los clérigos, otra para los laicos? Preciso es, pues, decir, con el Evangelio, interpretado por San Jerónimo, que la *propiedad* es un *vicio abominable* para todo cristiano; que el deber de todo cristiano es rechazarla si piensa en conservar la herencia de Dios; que la abdicación de la propiedad individual es el único medio de realizar la unidad y la caridad. Luego, en la doctrina cristiana, la propiedad debe desaparecer para ser reemplazada por el comunismo.

El comunismo destruye la idea de propiedad individual, y por consiguiente, tiende á anular el principio mismo de la individualidad que constituye la esencia del hombre. Esto basta para condenarlo. Porque el fin del Estado y de las instituciones civiles es desarrollar las fuerzas individuales y no matarlas. Sin embargo, el comunismo deja subsistir la idea de apropiación; solamente que en lugar de ser individual la propiedad es común: quien posee es el convento ó el Estado. Los comunistas se han detenido en esta idea, que satisface sus tendencias más ó menos materiales. No sucede lo mismo con los cristianos. Difieren profundamente de los socialistas por su espiritualismo; si detestan la propiedad, es por ser un principio de división y de odio, porque alimenta el egoísmo entre los ricos juntamente con la sed de los placeres. Los cristianos esperaban que el comunismo restablecería la unidad y la armonía. Pero notaron que el vicio que querían destruir es indestructible; si los frailes no tenían un móvil individual para adquirir riquezas, quedábales el interés del convento, y esto basta para mantener los vicios que el monaquismo había querido extirpar; los religiosos eran tan ávidos de riquezas como los laicos. Para cortar el mal en su raíz era preciso destruir la idea de apropiación, repudiando hasta la propiedad común. Tal fué el ideal de las órdenes mendicantes, que tan gran papel desempeñaron en la Iglesia. En otra parte (1) hemos expuesto sus sueños; sobrepujan en locura á todo cuanto los socialistas han imaginado jamás, pero al menos es una locura espiritualista. Aquí nos limitamos á insistir sobre el vínculo que existe entre estas extravagancias y la pretendida perfección del Evangelio.

(1) Véase el tomo VII de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*. (El Feudalismo y la Iglesia.)

Las órdenes mendicantes tenían razón en decir que Jesucristo no predicó el comunismo; predicó la renuncia de toda propiedad, diciendo á los ricos que aspiran á la perfección que lo vendan todo y lo den á los pobres. Jesús es, pues, doctor de pobreza; por tanto, el ideal de sus discípulos debe ser la pobreza, la pobreza absoluta: el hombre no debe poseer nada; solamente de este modo matará el egoísmo, fuente de todo mal. Pero ¿cómo ha de vivir el hombre si no le es permitido poseer absolutamente nada? La realidad venía á dar un mentís á los sueños de perfección de las órdenes mendicantes: ¿No tenían la propiedad de lo que consumían? «No, decían ellos; todo cuanto se nos da pertenece al papa; nosotros no tenemos más que el simple uso.» Los hermanos mendicantes iban á parar sin saberlo al socialismo más absoluto. En efecto, la fuerza de las cosas los llevaba á admitir por lo menos un solo propietario que estuviese obligado á poseer para ellos, y era la Iglesia romana. Luego, si el ideal de las órdenes mendicantes hubiese podido realizarse y ser general, el papa hubiera sido el propietario universal de todos los bienes, él los hubiera distribuido. ¿Es este derecho de propiedad suprema lo que tentó al pontificado ó creía en el ideal de San Francisco? Lo cierto es que hubo un papa que consagró con su autoridad infalible la doctrina de los hermanos mínimos. Nicolás proclamó que la regla de San Francisco no es más que la observancia del Evangelio; que Jesucristo ha enseñado de palabra y con el ejemplo la renuncia de toda propiedad. ¿A quién, pues, pertenecerán las cosas muebles y los bienes inmuebles dados á los hermanos? «La intención de los donantes, responde Nicolás, es dar á Dios; y ¿quién mejor puede en este mundo ocupar el lugar de Dios que el papa, vicario de Jesucristo?»

Se censura á los filósofos del siglo XVIII sus ataques contra la propiedad. Se considera como un crimen de la Revolución el haber atentado al derecho, que es la base del orden social. ¿A quién llega la responsabilidad de estos errores? No son los frailes mendicantes los verdaderos culpables, ni los papas que aprobaron sus locuras. Mucho tiempo antes que San Francisco, San Benito, y antes que él los Padres de la Iglesia, habían criticado la propiedad como el más abominable de los vicios. ¿Y quién les inspiró el horror

de la apropiación individual? ¿Quién hizo nacer en San Francisco la loca idea de que la pobreza, la mendicidad, es el ideal de la vida? Aquel á quien los hombres del pasado adoran aún hoy como al Hijo de Dios. Pero desconocen tanto la enseñanza de su divino maestro, que se quejan de calumnia, cuando los socialistas dicen que Jesucristo ha reprobado, condenado la propiedad individual. Los hombres del pasado desconocen de tal modo el pasado, que no saben siquiera que el ideal de los primeros cristianos, que el ideal de los Padres de la Iglesia, que el ideal de los santos del desierto, que el ideal de todos aquellos que han querido practicar la perfección evangélica es la renuncia de toda propiedad.

La ceguera de los defensores del cristianismo es tal, que después de haber imputado á la filosofía y á la Revolución como crímenes errores cuyo primer germen se encuentra en la predicación de Cristo, se atreven todavía á reivindicar para el cristianismo los principios del 89 en lo que tienen de verdad. Dígasenos en presencia de los hechos tales como los acabamos de restablecer, qué derechos naturales pueden quedar al hombre cuando se le despoja de su individualidad, y cuando al mismo tiempo se le separa de la sociedad para hacer de él un ciudadano del cielo. ¿Há lugar en esta falsa doctrina á la libertad civil y política? ¿Há lugar á la verdadera igualdad? Dejemos á un lado la libertad; es demasiado evidente que es completamente extraña á los sentimientos y á las ideas de Cristo y sus discípulos. La igualdad es cristiana en un cierto sentido, pero es en el malo; es el de la igualdad que destruye la individualidad humana, y que, por tanto, conduce fatalmente á los excesos del comunismo. ¿Quién puede dudar que la doctrina cristiana tiene gran parte en estos excesos? Cuando durante siglos se predica á los hombres como palabra divina que la renuncia de la propiedad es la primera condición de la perfección cristiana; cuando durante siglos, el monaquismo, reputado como la expresión del ideal evangélico, enseña que la apropiación individual y aún comun es un vicio abominable, ¿cómo se quiere que semejantes errores no acaben por ser tomados en serio?

No queremos terminar con la doctrina cristiana sin añadir una palabra para completar nuestro pensamiento. Hemos rechazado con viveza el error histórico que cometen los escritores de todos los

colores en favor del cristianismo. ¿Quiere esto decir que condenemos la *buena nueva* como la fuente de nuestros extravíos y de nuestros males? Nuestro *Estudio sobre el cristianismo* responde de antemano á esta acusación. No pidamos á Cristo lo que no ha querido hacer. No ha venido á enseñar á los pueblos los principios del 89; ha venido á iluminar las conciencias y purificarlas. Ha querido reformar el hombre interior, y por ahí es por donde debe empezar toda reforma seria. Jesucristo predicó en una de esas tristes épocas de decadencia moral en que no le quedan al hombre más que el egoísmo y sus brutales placeres. Reobró contra el vicio que corroía á la humanidad y que la amenazaba de muerte. Para extirparlo, destruyó la individualidad. Ahí está el exceso. Hay dos principios que parecen excluirse el uno al otro, la personalidad y la caridad, la humildad y el orgullo. Cuando se desarrolla uno á expensas del otro, se llega á lo imposible, á lo absurdo. Es menester conciliarlos. Lo que impidió á Jesucristo concebir este pensamiento, fué su espiritualismo excesivo. Hoy el error se ha disipado, y ya nos inclinamos hácia el error opuesto. Tiempo es de trabajar por la conciliación. No conocemos más que un medio para esto, el de separar del cristianismo lo que es pasajero, erróneo, de lo que es verdadero y eterno, en cuanto el hombre puede hablar de verdad y de eternidad. Si hay alguna tendencia que comprometa este trabajo, es la que altera el cristianismo atribuyéndole sentimientos é ideas que no podía tener. Este cristianismo ficticio no arrastrará jamás las almas, y por otra parte, apartará de la religión cristiana á todos cuantos amen la verdad y la libertad. ¿Por qué se esfuerzan los hombres del pasado en trasladar al cristianismo ideas que le son extrañas? A fin de volver á someter la humanidad al yugo de la Iglesia. Medio seguro de alejarla de la religión de Cristo; porque es á la vez un fraude y un instrumento de tiranía intelectual. Hé aquí por qué nosotros tratamos de restablecer la verdad. Lo hemos hecho en cuanto á la doctrina; vamos á hacerlo en el terreno de la historia. Nuestra crítica es en el fondo más simpática al cristianismo, y así lo esperamos, más provechosa que las apologías de sus imprudentes defensores.

SECCION II. — LOS HECHOS.

§ I. — El cristianismo y el imperio romano.

I.

Nos hallamos en presencia del cristianismo católico. Sus defensores dicen que es idéntico con la libertad. Tiene, en efecto, siempre la palabra libertad en los labios. Pero es preciso ver lo que quiere decir libertad. Los romanos, bajo cuyo imperio se formó y propagó el catolicismo, confundían la libertad con la soberanía, es decir, con la dominación. Después de luchas seculares, el partido democrático se encontró vencedor; tratará sin duda de organizar el régimen de la libertad. Sí, á su manera. La democracia es soberana, y pretende reinar, pero delegando su soberanía en un César. Hé aquí la libertad antigua; no pide más que una cosa, el poder; el pueblo domina en tiempo de los emperadores, y desde ese momento se cree libre. Verdad es que no tiene el menor derecho que ejercitar: la vida, los bienes, la religión de aquellos ciudadanos que se llaman libres están á merced del emperador. Sin embargo, están contentos. Como lo ha hecho notar un sucesor de los Césares, Napoleón, los romanos no se sublevaron jamás contra los Tiberios y los Neronés. Si había ciudadanos á quienes el emperador mandaba morir, eran aristócratas; el pueblo y las provincias gozaban de la libertad tal como la habían deseado siempre: tenían los goces del poder, el pan y los juegos; no pedían más.

¿Será así como entiende la libertad el catolicismo? Los hechos responderán por nosotros. Sí, la Iglesia ama la libertad, es decir, la dominación; pero esta dominación la quiere para sí, en su beneficio. La libertad antigua había dado por resultado la tiranía de los Césares. A la omnipotencia imperial, la Iglesia añade un nuevo atributo. Los Césares eran divinizados después de su muerte, muchas veces en vida, pero eran falsos dioses. Pero el Hijo de Dios, el Verbo eterno, se encarna y funda su Iglesia en la persona de

San Pedro. La Iglesia es la esposa de Cristo, es decir, que se identifica con Dios; participa del poder divino, participa de su infalibilidad. Por lo tanto el género humano debe humillarse ante ella. La Iglesia ni aún deja á los hombres la apariencia de libertad de que gozaban los antiguos. El pueblo rey podía decir que él era el que había investido á los Césares con su soberanía y que los emperadores no eran más que sus órganos: reinaba por medio de ellos. No sucede lo mismo con la Iglesia: no debe su poder al pueblo, lo debe á Dios mismo: la Iglesia es Dios. ¿Puede quedar ni sombra de libertad á los individuos y á las naciones en presencia del Omnipotente encarnado en su Iglesia?

Hé aquí la *libertad de la Iglesia*. Es el poder soberano, ilimitado. ¿Cómo concilia la Iglesia sus pretensiones con el poder de los príncipes, que á su vez se llaman soberanos? ¿Han de abdicar los reyes á los pies del papa? No; la Iglesia reconoce de buen grado la autoridad real, pero á condición de que el poder temporal esté subordinado al poder espiritual, lo cual equivale á decir que la Iglesia es soberana. Hé aquí por qué transige con todos los gobiernos: despotismo, república, aristocracia, democracia, monarquía absoluta, monarquía constitucional, todo es igual para ella. La humilde esposa de Cristo se vanagloria de ello: su reino no es de este mundo, en cuyo caso, ¿qué le importa el régimen político? Ella se contenta con el imperio de las almas. Hay escritores bastante cándidos para tomar al pie de la letra estas vanas protestas, por más que estén en contradicción patente con los hechos. Es muy cierto que la Iglesia es indiferente á las formas de gobierno; pero ¿por qué? Porque en su doctrina, lo mismo los reyes que los pueblos, deben estarle sometidos. Importa poco, pues, quién sea el soberano nominal: ella solamente es el soberano real. Se ha creído que la Iglesia tenía una cierta predilección por la monarquía absoluta, porque también ella ama la dominación. Esto es verdad, mientras los príncipes consienten en ser sus instrumentos. De aquí la larga alianza, tan celebrada, del trono y del altar. El altar y el trono se entendían para engañar y explotar á los pueblos. Pero no deja de tener sus peligros la alianza. Si hay sobre el trono un príncipe celoso de su soberanía, será el rival de la Iglesia, y el rival puede llegar á ser amo.